

PROCESO
INTELECTUAL
DEL URUGUAY

3-LA GENERACION DEL CENTENARIO

ALBERTO ZUM FELDE

EDICIONES DEL NUEVO MUNDO



ESTHER DE CACERES

Esther de Cáceres se inicia en la poesía bajo el signo del "Cántico Espiritual" de San Juan de la Cruz, uno de cuyos versos sirve de título a su primer libro, "Las ínsulas extrañas" aparecido en 1929. Una profunda misteriosa afinidad la une al místico español a través de toda su obra lírica. La poesía religiosa alcanza así en ella, en todo el ámbito de la literatura hispanoamericana, su tono más puro y transparente. Sobre sus versos leves —por la levedad de su ingravidez—, tendidos en vuelo de ala angélica hacia el cielo del éxtasis, se oye una música de arpas invisibles y altas.

Escribe preferentemente poemas breves, hechos de palabras simples que buscan la limpidez del despojamiento terreno y logran una musicalidad un tanto vaga pero delicada y palpitante, semejantes a oraciones que, apartándose de toda forma directa, litúrgica, hablan un lenguaje de transfiguraciones simbólicas. Es el suyo un canto un poco como a la sordina. Sus canciones se componen casi siempre de pocas notas, muy puras, formando un tema que se repite en ritornelo o al modo de letanía. Tienen también algo del procedimiento de la fuga.

Ha logrado llegar en el verso a una simplicidad verdaderamente franciscana, en el campo del ascetismo estético, hermano del otro, devocional. Se ha despojado de todo barroquismo, buscando lograr esa humilde desnudez con que el alma debe acercarse a su Dios. Casi obvio es decir que prescinde de toda frase conceptual en su plano religioso; y de toda teología.

Todos sus libros son breviarios de devoción lírica que hablan lenguaje de imágenes, en una secuencia que, a veces, pudiera parecer un tanto mo-

nótona —como el canto gregoriano, aunque no tan grave—, o las cabezas que aman la riqueza y el canto múltiple. Comparativamente a la poesía en general, su lenguaje parece pobre; pero esa pobreza es la del sayal, bajo cuya renuncia viven el ardor y la luz, de una espiritualidad intensa.

A "Las ínsulas extrañas" han proseguido "Canción" (1931), "Libro de la soledad" (1933), "Cruz y éxtasis de la Pasión" (1937), "El alma y el ángel" (1938), "Espejo sin muerte", "Mar en el mar", "Concierto de amor", "Paso de la noche", "Cantos del destierro" y otros, sucediéndose hasta 1965, fecha editorial de "Tiempo y abismo". La mayor parte de estas colecciones de poemas son breves, de pocas composiciones, las composiciones de pocas estrofas, las estrofas de pocas palabras. El conjunto, sin embargo, no es poco.

Todos forman como un coro unánime, una corona de lealtad en torno a una misma actitud constante de adoración y de alabanza. Y no hay entre ellos más diferencia notable, dentro de su unidad estilística, que la de una concentración y una transparencia siempre mayores en el tono y en la palabra.

Sin embargo, en sus últimos libros, tiende a un enriquecimiento y una complejidad mayores en el lenguaje, lo cual la aparta, en cierto modo de la línea característica original de su verso anterior, acercándola al campo intelectual y poniéndola en peligroso trance de ser más literaria. Creemos que su auténtica expresión —y su mayor acierto— están en aquella manera simple. Y aunque el hábito no hace al monje, el místico está mejor vestido de sayal que de púrpura. Bien que la púrpura sea cardenalicia, los cardenales son jerarcas, pero no místicos (valga rara excepción...).

Esther de Cáceres evolucionó del marxismo que profesaba en su primera juventud estudiantil, al catolicismo profundo. De los conversos es el reino de la Gracia. Intelectualmente, profesa luego el neotomismo maritainiano, filosofía que concilia el izquierdismo con la Iglesia, así como la razón con la Fe. Pero su amplitud mental comprende asimismo las razones de otras actitudes filosóficas distintas (aunque no opuestas o, en cuanto lo son). Así, por ejemplo, es fervorosa adepta del pensamiento de Vaz Ferreira, a quien tiene por maestro y de quien ha sido amiga devota, citándole en todas sus conferencias. Porque es también una conferencista de actividad continua, en materias de humanidades, desplegando una labor didáctica muy seria. El profesorado de literatura y el ejercicio de su doctorado en medicina han absorbido gran parte de su tiempo. Todo lo cual no ha enturbiado la transparencia y la luminosidad de su canto. Sabe dar a Dios y al César lo que les corresponde.

JUAN CUNHA

Juan Cunha es una de las figuras de la poesía uruguaya, más valiosa en sí misma y, a la vez, más desconcertante. "El pájaro que vino de la noche", su libro inicial de 1929, y aparecido a poco de llegar a la Capital, muy joven aún, desde sus pagos campestres de Florida, era la revelación de un gran temperamento lírico, que aunaba una sensibilidad muy fina a una facultad de rica imaginación creadora. En "Guardián oscuro" y "3 cuadernos de poesía", publicados juntamente en el 37, tras un raro silencio, muy largo para la inquietud de sus años, aquellas cualidades, ya más

que excepcionalmente promisoras de aquel primer libro, reaparecen mucho más desenvueltas, más depuradas, más seguras, sin perder sus caracteres propios, pero acrisolados por la reflexión, la disciplina, la vida. Le singularizaba un aliento hondo, dramático, de un fondo esencialmente romántico, pero expresándose en estilo exento de toda elocuencia retórica, hablando un lenguaje concentrado en el simbolismo de la imagen, distinto a la poesía de tendencia deshumanizada que cundía en ese tiempo. Era, precisamente lo que hacía falta en nuestra poesía.

Mas, a partir de "Cuaderno de nubes", publicado siete años después (otro raro silencio), su figura empieza a problematizarse, —y a problematizarnos—, por el proteísmo de su producción. En cada uno de sus muchos libros y cuadernos que van apareciendo en sucesión más frecuente, se nota. Nada romántica; cerebral ante todo (da con-presenta con un espíritu y un estilo distintos, hasta el punto de que se diría ser otro poeta en cada aparición. Así, en "6 sonetos humanos" (1938), "En pie de arpa" (1950), "Sueño y retorno de un campesino" (1951), "Variación de Rosamía" (1952), "Cancionero de Pena y Luna", "Triple tentativa", "Hombre entre luz y sombra", "Niño solo", "Del amor sobre la tierra", "A solicitud de los pájaros", "Sermones sobre el terreno", "Guardia sin relevo", "Tierra perdida", "La sortija del olvido", "Humano canto", etc. (hasta los días actuales de esta edición), su transformación es constante.

¿Cuál de estos poetas es el auténtico? Todos, seguramente, pues el poeta parece responder, no a una norma programática, sino a distintos estados de conciencia lírica, y de estética formal de una